de Postas, donde lo reducido del local nos obliga á no admitir externos (1).

Resulta, pues, que la característica de los Colegios de la Compañía de Jesús, atribuída por M. Michel Bréal en su ya citada obra, «el internado siempre asociado á la enseñanza y á la educación pública, sobre la educación privada», esta supuesta característica de nuestra Orden no es cierta, y corresponde al espíritu de la Revolución y á la costumbre de la Universidad. Tal error asombra en un hombre que asegura haber leído nuestro *Ratio*. Nadie niega que el internado, puesto al servicio de intenciones malsanas, hubiera sido un gran medio para el acaparamiento, pero entre nosotros el internado no existía en otra época más que como excepción, y en nuestros días ha disminuído notoriamente, gracias á nuestra propia iniciativa.

¿Puede decirse otro tanto de la Universidad?

Y ahora, ¿vale la pena de repetir las afirmaciones de M. Julio Ferry indicando otro medio de acaparamiento, digno de ser imitado, á creer lo que dice?

«Sí—afirma (pág. 593, volumen 1.º),—convendrá destruir con ejemplos vivos esa infantil leyenda que hiere el corazón de las madres y que se forma en torno de los hermosos establecimientos, de los espaciosos dormitorios de las casas devotas, de esa comodidad en todo que para los padres, y sobre todo para las madres de estos tiempos, representa un ideal con-

(1) Véase en los documentos justificativos el extracto de las *Memorias de Marmontel*.

forme con la suavidad de nuestras costumbres. Sí, es menester tranformar los liceos fríos y duros, y el régimen algo soldadesco, en el que nuestros padres han sido educados, y donde se han formado generaciones vigorosas... *(Interrupciones en la derecha.)* Sí, yo he oído referir á los hombres de aquella época, que en el liceo, en lo más crudo del invierno, no se encendía fuego en las salas de estudio.»

¡Qué importancia verdaderamente abusiva se concede á estos detalles!

Y en ello hay error aún. No, y mil veces no; la confianza de los padres no se consigue á tal precio; y el prisma engañador que M. Julio Ferry pone ante los ojos de las madres, será tal vez artificio de orador, pero no responde á la realidad.

Al hacer el Ministro su última afirmación, M. de la Biljais le interrumpió diciendo: «En los colegios de los jesuítas tampoco.» Tenía razón respecto á muchos de estos colegios. La temperatura de las salas de estudio, aun en invierno, llega, sin necesidad de fuego, á un exceso de calor intolerable. Pero en resumen: ¿la cuestión estriba en que se quemen más ó menos hectolitros de carbón en nuestras salas de estudio que en las de los liceos, ni en que los establecimientos de la Universidad estén más ó menos confortables que los nuestros? En mi opinión, no. Importa poco que la educación de los liceos sea, en lo que á la parte material se refiere, más dura que la nuestra. Lo importante es que ambas sean firmes; y lo que constituye la firmeza en el hombre es la fuerza moral; la firmeza de corazón, que no se consigue por ser dominado,

sino por saberse dominar á sí mismo. La privación impuesta jamás basta.

Enseñar á dominarse, á saber vencerse, á obrar contra su gusto por un motivo superior, tal debe ser el fondo de un buen sistema de educación: tal es el nuestro. Podemos equivocarnos alguna vez en la forma: podemos desmayar en su aplicación; pero nuestro principio cardinal está siempre formulado en estas palabras, que entre los paganos eran: *Vince te ipsum,* y entre nosotros, los cristianos, son: «Sacrificio y abnegación.» De este modo, según nosotros, se afirma la voluntad, se forma el carácter, y allí buscamos siempre la palanca para elevar el corazón sobre las pasiones y los mundanos intereses.

Falta encontrar un punto de apoyo. Nosotros creemos que no hay más que uno: la práctica de la religión. Y en el fondo se puede afirmar con toda seguridad, que nuestra política respecto á los jóvenes, como todo nuestro método de educación, se resume en estas palabras: Amar, conocer, servir á *Dios.*

Apoyados en este principio, pretendemos enseñarles á la vez la práctica sincera de la libertad y el respeto á la autoridad.

¿La libertad? Oigo la objeción. «Por la eliminación de toda ocasión, libros, periódicos, teatros, salidas frecuentes, tenéis severamente encerrados á vuestros alumnos; ¿pensáis tener su cerebro y su corazón en cárcel privada?»

No. No lo pensamos. Sabemos que mostrar á nuestros alumnos la superioridad de la ley divina, la belleza del deber cumplido, la necesidad del sacrificio, no es asegurarles en la gracia, y que algunos de ellos tal vez caerán, como se cae á los veinte años; pero al menos les habremos enseñado á no desanimarse, á no considerar la vida como fiesta perpetua, á servir á su país por él y por *Dios,* y no por la recompensa ó el honor que consigan en el desempeño de las funciones que ambicionen.

Si de continuo el buen éxito no nos acompaña depende esto de que la naturaleza humana es siempre débil; si nos equivocamos en nuestro ideal, pedimos que se nos muestre otro mejor.

Hasta aquí nadie lo ha hecho; nadie lo hará. Amar, conocer, servir á Dios, es rectificar la conciencia siguiendo su ley; es ser verdaderamente libre; no entregar la independencia más que á la autoridad legítima, no al interés ó al miedo.

El respeto á la autoridad. Todos nuestros antiguos discípulos, todos los Directores de algún Cuerpo ó fábrica que han tenido á aquéllos bajo sus órdenes, nos hacen la justicia de asegurar que sabemos inculcar en el espíritu de los que educamos el respeto á la autoridad.

¡Cuántos militares me han dicho: «Vuestros alumnos saben mandar desde que llegan á nosotros, porque á vuestro lado han aprendido á obedecer!»

Me atrevo á afirmar que si logramos que esta gran ciencia penetre en los espíritus jóvenes, es porque les damos la idea más justa de la autoridad, demostrándoles que ésta, para ser legítima, debe venir de lo alto, y que ningún hombre tiene el derecho de some-

ter á ningún otro bajo su ley, si no es «por la gracia de Dios».

Allí la buscamos nosotros mismos; allí la encontramos, aun siendo muy jóvenes, y nada menos es preciso para adquirir sobre nuestros alumnos, que á veces cuentan la misma edad que nosotros, una influencia que ellos no rechazan.

Nunca olvidaré la vivísima impresión que me causó el conocimiento que por vez primera tuve de que dicha fuerza residía en mí. En un patio de recreo del colegio de Vannes, vigilaba yo á 110 alumnos de Retórica y de Filosofía, de los que varios eran poco más jóvenes que yo. Uno de ellos había cometido una falta que yo no podía dejar pasar sin reprensión. Le llamé aparte y me paseé largo tiempo con él bajo los árboles, en el fondo del patio. Había comenzado por reprenderle severamente, y continué dirigiéndome á su razón. Poco á poco sentí que mis palabras le llegaban al alma, y no me fué difícil encontrar el camino de su corazón. Recuerdo aún aquel silencio respetuoso y aquellas entrecortadas palabras que me dirigían preguntas muy naturales. Siento de nuevo el caluroso apretón de manos que me dió.—Gracias, Padre mío—me dijo aquel joven. ¡Me habéis hecho mucho bien! Y se apartó de mí con aspecto convencido y alegre. Hasta entonces y ante aquellos jóvenes que me causaban miedo, había yo dudado de mí mismo; después de lo que dejo relatado, sentí en mí por vez primera mi poder, y comprendí también que no provenía de mí. Uno de nuestros ancianos Padres, el P. de Boylesve, me había dicho que en los dos años

de noviciado envejecería diez. Yo comenzaba á comprenderlo; y comprendía también que aquella fuerza y aquella experiencia venían de algo más alto y más poderoso que los hombres; que aquella juventud recibía todo cuanto yo pretendiera darla, como dón transmitido, pues veía en mí al embajador de Dios.

Sintiéndome animado, me pregunté si no había llegado la hora de extender el campo de mi acción. Encargado, al abandonar el patio de recreo, de la sala de estudio, tenía allí mejor ocasión de hablar y yo ensayaba conversar con ellos como si cada uno estuviera á solas conmigo.

En nuestros colegios, todas las mañanas, después de la oración, un alumno lee durante cinco minutos, generalmente, en la *Imitación de Cristo*. Por la tarde el estudio termina con un cuarto de hora de lectura, que se llama lectura espiritual, y que el maestro puede reemplazar, durante el tiempo dicho, en todo ó en parte, por algunas frases que dirige á los alumnos.

Antes de atreverme á tomar la palabra ante aquel auditorio cuya delicadeza y severidad conocía, dudé mucho; y cuando me determiné á ello, recue do que las primeras veces, aunque hubiera reflexionado y preparado lo mejor que podía lo que iba á decir, sentía temblar mis piernas en el momento de dar principio á mi tarea. El que no haya hablado en público no comprenderá este temor, y los que sonrían al leer esto y digan que aquello no era hablar en público, no saben lo que es un auditorio de jóvenes, alumnos de Retórica y de Filosofía.

Lo que yo les decía valía menos que lo que les ha-

cía leer ó lo que yo mismo les leía. También recuerdo que en los estudios de las tardes de invierno, época en que el trabajo es á veces tan difícil por la elevación de la temperatura y la duración, yo tenía un medio seguro para obtener un máximum de aplicación y era prometer á los alumnos que si estaba contento de ellos alargaría cinco minutos la lectura.

¿Qué leía?

Cosas como éstas: fragmentos de poesía de Henri Heine; por ejemplo, esta estrofa de *Germanía:*

«Una joven cantaba acompañada de un arpa; cantaba con voz falsa y sentimiento verdadero; la música me conmovió, sin embargo.

»Cantaba la vieja canción de los renunciamientos, esa especie de *ro ro* celestial con el que se duerme, cuando llora, al niño grande que se llama el pueblo.»

Parte del día yo huroneaba para encontrar en diferentes libros algunas páginas conmovedoras, pues había notado que no se debía leer á adolescentes cansados por largos estudios una obra extensa, pues el solo enunciado del título les fatigaba. Si esto no es hacer bien y dar dicha, confieso que estoy en un error. Pero no; no lo considero así. Aquel recuerdo me produce júbilo. El mismo que me producía distribuyendo entre aquellos jóvenes algo de lo que en mí había y que pudiera servirles de provecho. Muy lejos de mí la idea de que otros no hayan hecho y no puedan hacerlo mejor. Si estos recuerdos de mi juventud me conmueven es porque en ellos encuentro la prueba de la falsedad de las imputaciones que corren por los periódicos.

Creo que maestros que cifran toda la alegría y toda la felicidad de su corazón en inspirar á aquellos que les han sido confiados, ideas levantadas y generosas, nada tienen de común con los maestros que la malicia inventa y que, según ésta, dedican sus mayores afanes á rebajar el alma de sus discípulos, cuando no se esfuerzan en adiestrarles en la denuncia de las faltas que en sus compañeros advierten. Y respecto á este último punto, puedo asegurar que una sola vez, en mi larga carrera, un alumno se acercó á mí para darme quejas de un camarada. Yo le hice comprender cuál sería su vida más tarde entre sus compañeros de armas, llenos de la idea del honor é incapaces de la villanía que en sí lleva la denuncia, en el supuesto de que conservara aquel triste hábito que no había aprendido en nuestra casa.

No pretendo que hayamos monopolizado la buena educación; pero tengo el derecho de reclamar la parte que realmente nos corresponde en los beneficios aportados á la enseñanza, y en el momento en que se prepara una ley cuyo objeto probado, ya que no confesado, es declararnos excluídos de aquélla, mi deber es pensar en lo porvenir y lanzar un grito de alarma.

Ignoro si los lectores que no han profundizado mucho en estas cuestiones se percatan del punto de partida, no confesado pero evidente, aunque yo supongo que inconsciente, de la conspiración—esta es la palabra—urdida por la tiranía francmasónica, que tiene su origen en el falso supuesto de una especie de acaparamiento de la Universidad en lo que concierne á la enseñanza.

Séame permitido hacer una comparación. Todos los que se pasean por París habrán fijado su atención en unos hombres vestidos con blusa y pantalón de pana con franja roja, que atraviesan el arroyo con paso lento y seguro, no separándose de su camino ni aun cuando los carruajes les amenazan con derribarles. Son los trabajadores, los albañiles, todos los que ahondan en la tierra y remueven las piedras, y que parecen decir con su gesto: «Estamos en nuestro terreno; nosotros os damos albergue y os ponemos al abrigo del viento, del frío y de la lluvia.» Cuando la casa en cuya construcción se han ocupado esté terminada, ya sobran; pero aun entonces parece que sobre ella arrojan una mirada de amo; que la siguen considerando como cosa que les pertenece. Y aquí de la comparación. Yo encuentro notable semejanza en la actitud de esta gente, que gana trabajosamente su vida, con la de los profesores de la Universidad. Consideran éstos á toda persona que intenta dedicarse á la enseñanza como á detentador de un terreno que solo á ellos pertenece. No pondrían obstáculo para concedernos el papel de niñeras, que condujeran á los discípulos á la clase de ellos. Pero enseñar, es decir, formar la inteligencia de la juventud francesa, ¡ah, eso no! No; sólo á ellos pertenece... Un paso más y nos dirían:

La maison est á moi, c'est à vous d'en sortir.

Viejo vestigio del monopolio, cuyo recuerdo les ha acompañado en todo tiempo, desde que le han perdido. La antigua Universidad era así; su enfermedad provino de no poder sufrir la concurrencia.

Así es la Universidad presente; así será la futura.

Sobre todo ésta, pues, ser sola es lo que ambiciona.

Las consecuencias de este afán son fáciles de prever.

Sola, ella caerá en letargo. Y es el menor mal que se puede temer. Pues despierta, ¿qué resultado alcanzará su labor desde el momento en que se esfuerce en establecer una doctrina filosófica?

¿Qué resultado? No es difícil de prever, por el que en nuestros días obtienen nuestros más ilustres filósofos.

Kant es el dios para la mayor parte. Pero Kant ofrece una verdadera satisfacción para el espíritu y el corazón... para el alma. Algunos se mantienen en un estado provisional, que equivale á la neutralidad.

Pero la neutralidad no es una doctrina, sino la negación de toda doctrina... ¡Pobre Francia! ¡Y desdichada Universidad!

Siempre habrá en ella mucha gente honrada, que sufrirá de este gran infortunio, como hoy la hay, para reprobarle y temerle.

Los universitarios comprenden lo que les falta, ya en lo que concierne á la instrucción, ya en lo que se refiere á la educación.

Nosotros también lo sabemos. No creemos que les falte ciencia para instruir: ella les da algunas veces ventaja sobre nosotros. En el punto de partida, nosotros valemos más. Puesto que enseñar es aprender dos veces, los universitarios y nosotros, al mismo tiempo aprendemos y enseñamos, y cuando no hace

mucho cayó sobre las escuelas libres la amenaza de obligar á sus profesores á estar provistos del título de licencia, desde el primer año le hemos conquistado fácilmente; y aun ha acontecido que en París, la Escuela Normal ha tenido que cedernos en el mismo concurso la primera y la segunda plaza. Tomando el mismo número de años, y suponiendo en la Universidad y entre nosotros igual número de profesores, creo que la suma de instrucción en nuestras cátedras prevalece gracias á nuestro sistema de formación.

Un Congreso de profesores de la enseñanza secundaria pública, reunido este año, ha decidido por mayoría importante, que era preferible que el mismo profesor explicase siempre la misma clase. Así lo creo yo también, considerada la cuestión desde cierto punto de vista. Una vez que el profesor sabe bien su clase, por haberla desempeñado varios años, ni tiene gran trabajo, ni necesita prepararse: esto constituye la dulce libertad del padre de familia. Pero considerad que ese profesor desempeña la tercera ó cuarta clase desde diez, veinte, treinta años, que la desempeñará siempre... ¡Qué entusiasmo!... ¡Qué ardor!... ¡Qué desenvolvimiento de su inteligencia!

Yo he desempeñado la cuarta clase en Vaugirard, habiendo tenido por alumnos á algunos futuros grandes hombres que no puedo nombrar, pues la política les ha absorbido y no han vuelto á su profesor. Espero su voto. Recuerdo que el P. Olivaint, que era prefecto de las clases, me llamó un día y me dijo:—¿Qué haréis una vez corregidas vuestras copias?—Tengo cincuenta y cuatro alumnos, y para nada me queda

tiempo—respondí.—Pues es preciso que le encontréis. La corrección de copias no es trabajo bastante para un profesor. Su propia formación es más importante. Tomad la *Oración fúnebre del Príncipe de Condé.* Leed algunas páginas de ella, cerrad el libro y procurad volver á escribir estas páginas como podáis. Después traedme vuestro trabajo y compararemos.» Luego él contaba con los dedos: clase cuarta, clase tercera, humanidades, retórica... Es menester que aprendáis á escribir, puesto que debéis enseñar este arte durante tres ó cuatro años.

En efecto, nuestro sistema es que el maestro siga al alumno de clase en clase.

Y este sistema, no solamente tiene la ventaja de obligar al profesor á formarse, á desenvolver su inteligencia, agrandando el horizonte de año en año, ventaja que es discutible desde el punto de vista de la instrucción pura, sino que la experiencia continua del profesor facilita á éste abrir el espíritu del alumno:

Grammatici certant, et adhuc sub judice lis est.

Colocándonos en el punto de vista de la educación, ¿no es fácil comprender el auxilio que á esto prestará el que el maestro siga de año en año al alumno que bajo los mismos ojos del profesor se va convirtiendo en adolescente, en hombre?

He hablado de la educación desde el punto de vista del celador; pero especialmente quien lleva la carga de ella es el profesor, é iba á decir el provecho, sin rivalidad ni envidia, pues entre nosotros, casi todos pasan del profesorado á la vigilancia y viceversa.

El niño que entró en el colegio antes de su primera comunión, volverá su agradecida mirada al profesor, convertido en bachiller ó ciñendo la espada: á él volverá, oficial, abogado, ingeniero, para confiarle sus dudas y sus penas.

¿Por qué? Porque á él se las ha confiado durante largos años; en su infancia primero, y después en esa accidentada época que media entre la adolescencia y la juventud; porque, mezclado al mundo, rodando tal vez por el cieno de la vida, suena de repente para el joven la hora en que, al recordar lo que su maestro le decía en otra época, se dirá golpeándose la frente: «¡Ah! ¡qué razón tenía el Padre!»

Y esto se lo dirá con más convicción aún, cuando sea padre de familia.

Y este es todo el secreto de nuestra educación y de sus resultados. Los padres y las madres encuentran que nuestra prudencia es lo que debe ser, y que la torpeza está en los ensayos atrevidos.

Sé que hay un sistema nuevo... ¡La libertad! Palabra vacía de sentido cuando se trata de educación, ó palabra aturdida que representa una verdadera traición. No... Nadie tiene derecho para hacer sobre los hijos ajenos semejantes ensayos.

Hay fórmulas de uso corriente; por ejemplo: «Es menester enseñar al niño lo que es el mal para que aprenda á evitarlo. Es preciso que el padre sea un compañero de su hijo.» A estas fórmulas yo podría responder: «Que se lea el segundo acto del *Menteur*.» Pero á esta respuesta añadiré la frase de Mirabeau, cuando, juzgándose á sí mismo, y maldiciendo de la

reputación de inmoralidad que le seguía, y que comprometía y corrompía sus actos mejores, exclamaba con el sentimiento de su fuerza: «No quiero excusarme, pero he pagado bien caras las faltas de mi juventud. ¡Pobre Francia! También tú las pagas. Si yo hubiera llevado á la vida pública una inocencia como la de Malesherbes, ¡cuánto bien hubiera hecho á mi país! ¡qué gloria hubiese unido á mi nombre!»

He concluído. Reconozco que al terminar he buscado á gran altura la respuesta á las objeciones que se nos hacen; buscándolas más abajo no la hubiera encontrado.

En su discurso de recepción en la Academia Francesa, Berryer se expresó en estos términos:

«Más que la distinción entre los dos poderes, independientemente de la diversidad de las circunstancias, en medio de las cuales se agitan las ideas y las pasiones, el verdadero fondo de estas cuestiones, más ó menos al descubierto, está en la lucha siempre viva y sin desenlace entre las teorías de la soberanía de la razón individual y el dogma católico de la autoridad; entre el derecho absoluto del libre examen y la invariable necesidad de la fe. Que en lo sucesivo, el Instituto de los Jesuítas, sometido al poder espiritual del Papado, continúe ó deje de existir, la guerra entre los dos principios podrá cambiar de terreno, pero durará tanto como el mundo, tanto como la Iglesia, que no puede perecer.»